CARTA A LA MADRE

JOSÉ GARCÍA NIETO

"El espíritu de Dios estaba aleteando sobre
la superficie de las aguas".

GÉNESIS, 1, 2.

"Ilumina mis ojos, no me duerma en la muerte".

SALMOS, 13, 4.

"Todavía mi queja es una rebelión;
su mano pesa sobre mi gemido".

JOB, 23, 2.

"Serán ceniza, mas tendrán sentido"
"Sombra que sucesiva anhela el viento"
QUEVEDO.

"La muerte es una madre nuestra antigua,
nuestra primera madre, que nos quiere
a través de las otras, siglo a siglo,
y nunca, nunca nos olvida;
madre que va,inmortal, atesorando
-para cada uno de nosotros solo-;
el corazón de cada madre muerta;
que está más cerca de nosotros,
cuantas más madres nuestras mueren;
para quien cada madre sólo es
un arca de cariño que robar,
-para cada uno de nosotros solo;
madre que nos espera
como madre final, con un abrazo
inmensamente abierto,
que ha de cerrarse, un día, breve y duro,
en nuestra espalda, para siempre.
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

"A la muerte, la patria más profunda".
LUIS CERNUDA.

"Toda memoria está llena de dudas
y de desconciertos".

CHARLES DICKENS.

"Un escalón que no está desgastado
profundamente por los pasos, no es
nada, desde su punto de vista más
que un poco de madera más bien tris
te".

FRANZ KAFKA.

"Tal vez estar muerto sea pasar el
océano de las olas que siguen sien
do siempre olas, y por lo tanto es
inútil esperar que el mar se calme".

ITALO CALVINO.

¡Cuánto amor hay debajo de la tierra!
Te escribo, madre mía,
mirando al aterido
desnudo del crepúsculo,
en una tarde en la que ya no estás
ni puedes apoyarte en mi costumbre,
cuando unas nubes tenues, sin destino,
pretenden aliviar, inútilmente,
con un destello de color lejano
el dolor de este cielo que me sigue
o me precede, perro fidelísimo.
He arrojado muy lejos mi memoria,
y él vuelve jadeante,
sin nada entre los dientes
agresivos y blancos;
otras veces el perro del recuerdo
se quda atrás, y vuelvo la cabeza
y no hay nadie esperándome.
¿Nadie ha vivido nunca en estos ojos...?
"Todavía mi queja
es una rebelión;
su mano pesa sobre mi gemido".
Tú ¿dónde estás? No sales a tu hora.
Estrella mía, aliento
cristalizado, barro ilustre, piedra
hacia tu destrucción inevitable;
moneda de oro atesorado y mío.
ennegrecido y ciego, fría escoria
y desembocadura
de un río caudaloso
que no va a retornar hacia sus fuentes.
Te escribo desde un árbol y una rama
y en un paisaje donde estabas quieta
como una hoja perenne,
sin estación, ni nieve, ni cellisca,
ni vendaval. Estabas. Y eso es todo.
Te escribo y sé que escribo
para que no me leas;
las cartas -ya lo sabes-
son del que las escribe.
Y llora el propietario de esta carta
en la desoladora
tristeza de su verso;

el avaro de amor, lleno de espanto,
golpea muros, puertas y ventanass
ante la oscuridad del cuarto oscuro.
Mientras escribo, madre,
con cuidado, tú puedes asomarte
-aunque yo sé que nunca oiré tus pasos-
por detrás de mi hombro
para que en mí te veas prolongada
con palabras tardías y sangrantes
debajo de los astros veladores.
¿Quién va a medir mi tiempo desde ahora,
la huída levantada de los pájaros,
la inexorable perdición del sueño,
la carcoma que activa los relojes?
Porque tú eras el aire y su finísima trama
trama, como el arroyo en su discurso
que, cuando menos fuerza lleva, y pasa,
deja ver los diamantes de su fondo.
Si te acercas, asómate con tiento,
camina de puntillas por si acaso;
que no te vea caminar, lo mismo
que no te vi morir ayer -"ven muerte
tan escondida"- y lee un poco si puedes,
si te dejan tus ojos y separas
un momento la tierra que los cubre.
Habían ya perdido su exquisita
ventana azul y la certera espada
que llegaba a mi pecho sin herirme.

Hoy te escribe esta carta
la misma mano que jamás te ha escrito
y que ha sobrevolado por tus sienes:
cinta que se hace suave y que corona
la torre y la circunda en su silencio.
Nuestras dos soledades se agigantan;
un sudario se extiende al mediodía,
debajo de una lámpara sin luces,
como un mantel de llameante albura.
Vas a comer, de nuevo sola y triste,
sumida en tu abandono acostumbrado.
En el armario con barniz y estrías
-mi "escalón de madera" se percibe-
hay un trozo de dulce con la huella
de tus dientes. Contigo va a la nada

desde la nada; alcanza las meriendas
que yo dejaba en el helado alféizar
de la ventana aquella del colegio
donde el vitral se deshacía en luces
que le daban color a la tristeza.

2

Los comensales -estamos juntos, sentados frente
a frente- ven la carne caída en la ceniza
y la sal que no sazona y los cubiertos
que prolongan los mutilados brazos.
Los comensales en silencioono se ven ni se miran
y cada mano toca el hueco que ha dejado la
otra y todavía su tibieza.
¿Cómo serán ahora las tuyas que no acierto a mi-
rar y tú hablabas ¿te acuerdas? desde una
música eternizable:
"¿Verdad que las manos no me envejecen demasiado?"
Para acercarte a la mesa intentas mover la silla
crujiente que le da voz a la tierra bajo
tu pesantez resolutiva con un balcón que
se abre al vacío como una herida rreciente
rosa que se asoma y no sangra de torpe ani-
malillo atropellado de fardo inhumano co-
mo aquel día y sin poder alzarte y yo des-
pués mirando al cielo para preguntar¿Dios
mío qué te había hecho mi madre?
Comiendo no se habla y callaba el niño antiguo
porque yo he nacido hace mucho tiempo pa-
ra ti y he aprendido a pronunciar algunas
palabras que no me sirven ahora y devano
su incomprensible pequeñez y las voy te-
jiendo arrancándome las largas agujas cla
vadas en mi corazón atribulado.
"Que los muertos entierren a sus muertos"y yo
he sido hoy un muerto al enterrarte un en
terrador torpe y estigmatizado.
Gusanos somos que nos acercamos a los gusanos y
nos devoramos a nosotros mismos y ya no
se sabe quién es el bocado y quién es el
hambriento y haciéndonos y deshaciéndonos
nos alimentamos de nuestras destrucciones.
Porque yo te he matado un poco cada día dolien-
te y sucesivo como soy desde ahora un po-
co de tu muerte.

Pero nada ha podido deshacer mi amor hacia ti
ni el tuyo inconmovible y arropándome sin
origen ni término caminando sin horizonte
porque el desierto infinito desde el que me
me amabas no tenía estaciones.

Bajo los cristales que siguen rompiéndose y ca-
yendo oigo el ruido que hacen otras ciuda-
des al derrumbarse el estruendo de otros
corazones que se entrechocan enceguecidos
en la noche del universo.
Porque no estamos solos y alguien que no hemos
conocido nunca nos acompaña en la estan-
cia vacía sin embargo.
Y en la pared se dibuja "el corazón de cada ma-
dre muerta que está más cerca de nosotros
cuantas más madres nuestras mueren".
Y la misma madre son todas las madres como to-
das las rosas son la misma rosa y una mis
ma muerte todas las muerte a las que aho-
ra me acerco cogido de tu mano por esas
galerías que se extienden cruzándose.
Y vamos a tropezar con la butaca de mimbre cru
jiente y tantos años padecida con el sen-
tido bulto de tu cuerpo y un éxtasis y un
poco de sol en la terraza y dices decías
"Se está bien aquí", y el aquí era tu ju-
bilosa incorporación diaria a la vida que
nadie podía entender cuando atravesabas e
el aire ondeando tus triunfadoras bande-
ras desgarradas "se está bien aquí".
Y el aquí no era nada para la indiferencia de
los otros.
Y la nada no es nada o lo soy yo sin arrimo y
ciego y ensordecido ecuchando mi corazón
que ahora no oyes.
Y no sabes que grito desde lejos en el centro
de un bosque sin salida y que en mi gri-
to está el nombre que ya no tienes que ya no
es tuyo ni de nadie madre María.
Cinco signos para organizar la madre música la
madre cisterna cinco letras María pro-
nunciándose altivas y cayendo María en
su duradero acantilado y condición.

Y se despeñan las letras desgranadas -nunca completaste las cuentas de aquel collar roto rodando bajo la cama de hierro de la que un día no te ibas a levantar-.

Caen las cinco gotas de agua separada en la clepsidra sonora de la tierra que abre su insaciable abrazo esperando a alguien que toda vía no sabe que va a llegar para avecindarse en tu catástrofe.

Otro cuerpo de sombra pasea abandonándose por estas avenidas que de pronto se hunden en el hostil laberinto de las opacas y desconcertadas verificaciones.

Aquí debajo hay estatuas quiero creer que hay figuras de alabastro que ya he visto una noche sepultadas en el polvo lunar del infortunio.

Se deslizan unas contra otras sin peso ya ni libertad posible y hay un silencio entrecortado de resbaladizo caracol que va a chocar con paredes de musgo crecido para nadie cuando tú vacilas buscando una balaustrada donde apoyarte porque te costaba tanto andar.

"Déjame, déjame"dices. Y yo "Vamos, camina" Y tú "Sentada estoy mejor" y "se está bien aquí" mirando alrededor y embelleciendo todo no sé si para que yo creyera que eras feliz si yo estaba a tu lado.

Ahora la silla era de hierro y chirriaba sobre saltando la piedra áspera y fraterna del suelo desigual y la mancha del sol acariciante en su caediza servidumbre y "se está bien aquí".

Y yo sigo escribiendo y tú no tienes nada que ver con esta carta ni con esta muerte porque la muerte ya ha pasado por ti como si no fueras la muerte.

Ha pasado sobre tu cuerpo ahora inmaculado y deshecho la torpe borrachera de la muerte y se han desvanecido la cuchilla del agresor y el agresor.

Ahora es dócil y sumisa y se deja preguntar aunque nunca responda y enmascara su

fortaleza que ya no necesita ejercitarse contra tu carne débil y desesperanzada.

Confiados en su regazo "la muerte es una madre nuestra antigua, nuestra primera madre que nos quiere a través de las otras, siglo a siglo, y nunca, nunca nos olvida" hasta que llega y nos invade y nos abarca y nos excede.

Tú de esto nada sabes madre porque ya nada eres en esta niebla y lo peor de tu muerte en la muerte es que ya nada tiene que ver contigo ni con tu oscurísimo reinado.

Lo peor de la muerte después de tu muerte es que nada tienes que ver con ella porque hasta la agonía era un suburbio de la vida pero alentabas en él durando intermitente y padeciendo.

Te ha dejado ahí tendida después de la lucha y os habéis dado la espalda como dos enemigos irreconciliables como dos indiferencias en un común exilio.

Y en tu orilla no puedes llorar conmigo cuando me dejas solo arreglando las cosas de las últimas respiraciones atisbando las cerraduras de estas maletas que no me atrevo a abrir donde voy a romperme las manos para deshacer el hielo de su clausura y la broza apilada de tus vestidos como las sábanas que llené de lágrimas un día en la celda de aquella cárcel a la que llegó clandestinamente la enormidad de tu cuidado.

Tú ya no tienes nada que ver con todo esto.

Yo soy el que va a salir esta tarde con la muerte -"hijo, no tardes"- esa muchacha tan delgada y tan pálida y sin encanto alguno a la que he conocido bruscamente por ti hace unas horas hace una eternidad.

Y ya me ofrece sus labios -"ilumina mis ojos, no me duerma en la muerte"- y yo dejo

unas flores en la tela inconsútil y ajada
de su falda.
Y tú me miras desde el pozo de tu atalaya pro-
funda con los ojos apagados sin dolor y
sin miedo.
Y no te inquietas en tu paz misteriosa donde ya
no puede existir aquella amenaza de que-
darte ciega.
Y me reprochas como otras veces tiernamente
-¿dónde vas a estas horas?- y también
"¿por qué pasas sin decirme nada al lado
de esta casa que ahora es mía hijo otra
casa más donde todavía no podemos vivir
juntos?".

3

Si mirar es mi oficio ¿para qué lo he aprendido?
!Ay, ojos que no ven, que no ven nada ahora!
Tan cerca de una hermosa mañana -y tú muriendo-
de junio -y tú muriendo-, y yo lejos, y Mérida
recogiendo un ardiente sol en las piedras húmedas,
rama, María, madre, con rocío temblando,
con Dios que ya no llora de llorarse a sí mismo,
y las mismas cigüeñas sobre los acueductos,
y el tren que me acercaba a lo desconocido,
y el esplendor del día llevándote a la sombra,
y avanzar sin sentido, ya sin arte ni parte,
y tarde hacia tu invierno, definitivo y único,
al que tanto temíamos desde aquel largo otoño.
Dime que fue muy breve, y que estaban mis labios
en tu frente, en tu mano, en el peso del aire
que se te iba negando, donde acaso mi nombre
-nunca fuera tan alto pronunciado y cernido-
fue amado sin medida y ahogado en el silencio.
Dios con su mano activa dispuso las arenas
y escribió lo más dulce que tú me deseabas:
"Que me encuentre dormida". Y ¿en qué sueño, Dios mío?
"Y he esperado despierta porque esperar es bueno."

(Hijo ¿hacia dónde corres? Y no llegas ahora.
¿En qué dunas se hunde tu andar desentendido
y por qué te has parado a mirarme en los árboles,
a pensarme en los árboles, si yo ya no soy canto,